

Paul Schostakowsky

La evolución religiosa en la U.R.S.S.



LOS excesos de los extremistas españoles contra la Iglesia Católica turban las conciencias sensibles, aun de gentes poco o nada religiosas, y como la opinión pública considera que la revolución española se inspira en los principios y modales de la revolución rusa, muchos han querido ver en aquellos sucesos una repetición de los acontecimientos rusos y tal vez el cumplimiento de una orden directa de los dirigentes moscovitas. Desde luego, semejante interpretación de la lucha de los izquierdistas contra la religión no me parece acertada, ya que entre la actualidad rusa y lo sucedido en España hay una diferencia fundamental, que dimana de la situación diametralmente inversa en que se encontraban las Iglesias oficiales de los dos países al estallar las respectivas revoluciones.

En España, el gobierno revolucionario, desde sus principios, conservó frente a la Iglesia Católica una actitud neutral y más bien benevolente; fué el pueblo el que la acometió, en «quid» de protesta contra su do-

minio anterior sobre el Estado y la vida social española; fué un arreglo de cuentas antiguas, acumuladas durante cinco siglos de Inquisición, la cual, abolida en España solamente en 1820, dejó su impronta de intolerancia absoluta sobre cosas y gentes hasta nuestros días.

Mientras que en Rusia, la Iglesia Ortodoxa, desde Pedro el Grande quedó en situación de «oprimida» por su protector, el Estado. «Oprimida», evidentemente, en el sentido espiritual (que precisamente es el único que cuenta en este asunto), ya que en sentido material no le faltaba nada para desarrollar su vistosa opulencia. Consecuentemente, al estallar la revolución, el pueblo la consideró, al igual de sí mismo, como ente liberado de opresión, y fué el gobierno bolchevique el que la acometió por principio, pero vista la disposición de ánimo del pueblo, encubiertamente. De veras, la opinión pública en el Occidente ignora que la persecución religiosa nunca ha sido oficial en la Rusia soviética. No hay, ni ha habido decretos que la prescriban, ni actos oficiales que la consagren; al contrario, la Constitución soviética siempre ha garantizado la plena libertad confesional. Los clérigos fusilados y desterrados, nunca lo fueron porque eran clérigos, sino porque eran supuestos contrarrevolucionarios o quebrantadores de decretos soviéticos; las iglesias se demolían porque los feligreses no querían o no podían sostenerlas; a veces se enajenaban por intereses públicos superiores y en las aldeas las parroquias se transformaban en depó-

sitos de granos por decisión, aparentemente libre, de los mismos aldeanos interesados; y todo así. La propaganda y demostraciones antirreligiosas corrían por cuenta de la «Unión de Ateos», asociación que se decía libre e independiente del Estado bolchevique. En cuanto a ciertos actos, de cuya responsabilidad no podían excusarse los dirigentes bolcheviques, no procedieron sino continuando la tradición de los muy ortodoxos autócratas rusos; por ejemplo, los bolcheviques dispusieron de los tesoros de la Iglesia Ortodoxa para socorrer a la población hambrienta; pero ya Pedro el Grande había hecho otro tanto con fines bélicos, durante la Guerra del Norte, confiscando los tesoros de los monasterios y aun más, necesitando bronce para fundir los cañones empleó las campanas de las iglesias moscovitas. Catalina la Grande cerró buen número de los monasterios y enajenó sus bienes sin otra razón que su criterio personal de protestante innata, considerando que los monasterios eran demasiado numerosos en Rusia. La misma zarina hizo destituir y encerrar en una casamata al metropolitano Arseni de Riazán, que se negó a reconocerla como juez supremo en los asuntos de Iglesia. Bajo Nicolás I cinco monasterios y parroquias fueron volados, para dejar sitio a la catedral-monumentos, erigida en la orilla del Moscova, en recuerdo de la victoria rusa sobre Napoleón, etc. Lo que sufrió la Iglesia rusa por la dominación del poder secular pudiera llenar varios tomos. En fin, la revolución política de 1917 permitió, por primera vez desde dos siglos, la

reunión de un Concilio y la elección del Patriarca Tíjon. Y si, después de su muerte (1925), los bolcheviques no permitieron la reunión de un nuevo Concilio para elegirle sucesor, también en este caso no hicieron sino seguir el ejemplo de Pedro el Grande, que consideraba que un Santo Sínodo era mucho menos influyente y, consecuentemente, menos peligroso para el poder dictatorial zarista, que un patriarca.

En un artículo no cabe la descripción de la suerte corrida por la Iglesia Ortodoxa rusa desde que estalló la revolución. Es preciso determinar el momento del cual quiero hablar, que es el momento actual; en cuanto al pasado, lo mencionaré sólo en la medida indispensable para la buena inteligencia de mi exposición. Prevengo, no se trata de informaciones de segunda mano, ni de impresiones personales de turistas extranjeros, ni aun de testimonios fidedignos de rusos rojos o blancos; se trata de hechos, documentos y relaciones, referidos por la Revista del Patriarcato de Moscú, así como por la prensa soviética.

Pero, prevengo, que no hay posibilidad de entender como sobrevivió la Iglesia Patriarcal Rusa a la tormenta revolucionaria, sin admitir que ella siguió el único camino adecuado; menospreciando sus propias penas y martirios, rechazó resueltamente toda sugestión política, así como cualquier interés terreno, que pudieran entorpecerla y transplantó a la práctica de la vida corriente el lema evangélico: «Mi reino no es de este mundo». Solamente el hecho de haber abierto sus puertas

a todos, sin distinción de clases, colores y opiniones, puede explicar ¿por qué el gobierno soviético, creyendo y afirmando que la Iglesia es una función del régimen capitalista, no la suprimió con una sola plumada, como suprimió tantas otras funciones del régimen burgués? En vez de esto, legalizó la Iglesia Patriarcal Rusa en 1927, y desde entonces observa hacia ella una neutralidad, cuyo carácter es difícil de precisar sin sumergirse en mil y un detalles.

El gran operario del acto de legalización de la Iglesia Patriarcal fué su Jefe actual, Su Beatitud Sergio, Metropolitano de Moscú y de Kolomna, que dió a conocer esa grata noticia en su epístola del 16-29 de julio de 1927. (1) Los deberes elementales que incumbieron a la Iglesia junto con los derechos de existencia legal, fueron definidos en dicha epístola con las siguientes palabras: «Permaneciendo ortodoxos, recordémonos de nuestro deber de ser ciudadanos de la Unión, y eso no solamente por tener miedo de la ira, más aun por la conciencia, como lo enseña el Apóstol, (Ro. 13:5); queremos ser ortodoxos y al mismo tiempo reconocer a la Unión Soviética como a nuestra patria cívica» . . .

La publicación de este acto fué saludado con un comprensible sentimiento de satisfacción por la masa de los fieles rusos, que, por razones obvias, no podían

(1) Todos los documentos de la Iglesia Ortodoxa, después del año 1917, llevan doble fecha: la del calendario ortodoxo y la del calendario gregoriano, adoptado oficialmente por la revolución.

profesar su fe sin profesar al mismo tiempo una lealtad absoluta hacia los poderes soviéticos; pero provocó también una tempestad entre las gentes que, lejos de apreciar la Verdad, aprecian el aspecto político que ellos le atribuyen.

Nada más que por esta definición, uno puede adivinar que la tempestad se desencadenó en los dos campos extremos; entre los bolcheviques militantes y entre los reaccionarios irreductibles. Los extremos de la vida rusa se tocaron una vez más. Unos como otros creyeron en la existencia de un compromiso entre la Iglesia y el poder ateísta, y se escandalizaron.

Los militantes bolcheviques quedaron satisfechos con un artículo de Stalin, publicado por su diario oficial «Izvestia», en que se leía que, todas las informaciones referentes a un compromiso con la Iglesia, son nada más que invenciones de «brigantes de la pluma y de la prensa». Haciendo omisión del estilo, esta afirmación se concibe fácilmente: el Metropolitano Sergio, para obtener la legalización de la Iglesia tenía que hacerse cargo de ciertas obligaciones (declaración de lealtad), mientras que el gobierno soviético, reconociendo la existencia legal de la Iglesia, no tuvo que hacerse cargo de obligación alguna frente a ella.

Por su parte, el Metropolitano Sergio publicó una segunda epístola, la del 18, 31 de diciembre de 1927, completando de modo magistral su profesión de fe. Y como las dos epístolas pintan mejor que cualquiera

descripción la posición que la Iglesia Ortodoxa tomó frente a los Soviets, lo mejor que puedo hacer es transcribir los siguientes pasajes:

«Seamos íntegramente sinceros: no podemos ocultar la contradicción que existe entre nosotros, ortodoxos y « comunistas, bolcheviques, que gobiernan a la Unión. « Ellos se proponen como un fin el luchar con Dios y « con el poder divino en los corazones del pueblo; « mientras que para nosotros todo el sentido y el fin de « nuestra existencia se concentran en la profesión de « nuestra fe en Dios, y en la más amplia propagación « y afirmación de esta fe en los corazones del mismo « pueblo. Ellos reconocen sólo la concepción materia- « lista en la historia, mientras que nosotros creemos en « la Providencia divina y en el milagro...

« Sin prometer de juntarlo que no pue- « de juntarse y querer dar a nuestra fe « un tinte comunista, quedémonos del punto de « vista religioso lo que somos—, fieles a la antigua Igle- « sia Rusa...

« El progreso de la Iglesia no lo vemos en su adap- « tación a las exigencias actuales ni en la « disminución de su ideal, ni en una transformación de « su doctrina y de sus cánones, lo vemos en el saber en- « cender y sostener en los corazones de nuestro rebaño « —y eso en las condiciones actuales de ambiente y « de vida religiosa,— el antiguo fuego de ardor divi- « no, enseñando a los fieles el saber encontrar el senti-

«do verdadero de la vida más allá de la muerte, aun
«si ellos están en el cenit del progreso material...

«Estamos convencidos que por el solo hecho de cui-
«dar con celo sagrado su fe y vivir de acuerdo con los
«mandatos de ella, un cristiano ortodoxo se convierte
«en un ciudadano ejemplar y deseable en cualquier
«estado, aun en el soviético, y eso independientemen-
«te del dominio en que tiene que actuar; en una fá-
«brica, en el campo o en la ciudad, en el ejército o
«en una mina, etc. La fe lo enseña todo a un cris-
«tiano....

«No más que cualquier otro, tenemos que ser
«custodio y guardador de la pureza de nuestra Santa
«Fe, de los cánones y tradiciones de la Iglesia. Ya
«en nuestra primera epístola hemos expresado clara y
«rotundamente nuestra voluntad de permanecer orto-
«doxo, y de aquella decisión no nos hemos apartado ni
«en una jota, y, Dios mediante, no nos apartaremos
«de aquí en adelante»...

Sin buscar la explicación de cómo los bolcheviques permitieron la impresión y la difusión de la «Revis-
ta del Patriarcato de Moscú», en que aquellas palabras fueron impresas, me limitaré a registrar los re-
sultados prácticos de la ardua labor de la jerarquía ortodoxa rusa.

Un año después de su legislación, la Iglesia Patriarcal Rusa, según los datos de la prensa oficial soviética contaba con 50,000 parroquias, cuyos consejos parro-

quiales (1) se componían de 500,000 miembros elegidos todos entre obreros y campesinos. Dos años más tarde, la revista anti-religiosa «El Ateo» lanzó un grito de alarma: según ella la Iglesia Patriarcal contaba en sus filas hasta cien millones de fieles y entre estos muchos comunistas «inconscientes». No hay por qué extrañarse, entonces, de que las demostraciones anti-religiosas fueran denunciadas como contraproducentes ni que los corresponsales de diarios extranjeros, residentes en Moscú, se sorprendieran por la muchedumbre que acudía a las parroquias los días de grandes fiestas religiosas. Nadie tampoco se extrañará al saber que «El Ateo» hace tiempo dejó de existir por falta de recursos; el gobierno le cortó sus subsidios. En cuanto a los suscriptores—sus únicos lectores en los últimos años eran los clérigos y starosta's de parroquias que lo leían para enterarse de lo que les amenazaba. En cuanto a los ateos la lectura de aquella revista tenía que parecerles muy aburridora; la negación, por motivada que sea, se reduce al fin y al cabo a la nada, ya que no contiene principio vital alguno.

El último número de «El Ateo», que cayó entre mis manos, contenía una denuncia muy edificante. El

(1) En la Iglesia Ortodoxa Rusa, los intereses materiales de las parroquias son administrados por consejos parroquiales, elegidos por la asamblea general de los feligreses. El administrador delegado, que tiene a su cargo el manejo efectivo de los fondos de la parroquia y su representación; lleva el título de «starosta». Siendo el starostá, el primer feligrés, se solía decir por analogía, que el zar era el stárostá de lá Iglesia Ortodoxa Rusa.

articulista pedía vigilar al clero como nunca ya que al disminuirse la cantidad del «ejército negro», su valor intrínseco había aumentado mucho. No podía ser de otro modo. El sacerdocio volvió a ser un escalón del martirio. Los profesionales, sacerdotes de poca fe o de voluntad débil, todos los que miraban a su oficio como a una carrera, abandonaron las filas clericales; quedaron sólo los hombres de fe ardiente, listos para cualquiera privación y para cualquier sacrificio, aun el de la vida.

Su Eminencia Eleuferi, el Metropolita Ortodoxo de Luitania, que fué a Moscú para tratar con el Patriarcato acerca de asuntos eclesiásticos, me refirió lo siguiente: Durante su permanencia en Moscú participó, el día 25 de noviembre de 1928, junto con otros 12 obispos, en la ordenación del obispo Juan, ante una muchedumbre de fieles, impresionante por su número y su recogimiento. Durante la ceremonia, el nuevo electo pronunció las siguientes palabras: . . . «al conocer vuestra voluntad (la del Metropolita Sergio y del Santo Sínodo) de elevarme a la dignidad de obispo, he dicho con atrevimiento: acepto y nada digo en contra, ya que en los tiempos de paz el negarme a esta elección hubiera parecido una humildad profunda, mientras que ahora parecería miedo a beber el cáliz que bebió Cristo y de bautizarme con el bautismo con que fué bautizado El» . . .

Al final de dicha ordenación, en el momento de entregar al nuevo obispo el báculo—lo que constituye

el último acto de la ceremonia y que siempre se acompaña por un sermón—el Metropolita Sergio fué de un laconismo impresionante; se limitó a preguntar al consagrado si estaba listo para encarar el martirio y hasta para morir por su fe y, oyendo su contestación afirmativa, le tendió el báculo:

—¡Tómalo, entonces!

¡Ah, qué pobre, qué desesperante aparece el esfuerzo de los ateos al lado de una profesión de fe de tal magnitud; qué míseros, qué insignificantes aparecemos nosotros, los que vivimos al abrigo de semejantes calamidades y riesgos! ¿Quién de nosotros hubiera consentido en afrontar la prisión, el destierro o dejarse cortar siquiera un dedo, antes que negar su religión? Y, sin embargo, en aquella profesión de fe, que se confiesa en medio de privaciones, sufrimientos y cadenas, vive y triunfa la única y verdadera libertad, la del espíritu.

A nadie extrañará entonces que la vida interior de la Iglesia Patriarcal Rusa se desarrolle y se afirme cada día más. Estando compuestos de proletarios los consejos de administración de las parroquias, es decir, siendo proletarios los órganos responsables ante el gobierno por el pago de los impuestos y el apolitismo de la asociación—los prejuicios de los primeros años de la revolución contra la Iglesia cayeron por sí solos.—El gobierno soviético, hace un año, reconoció los derechos políticos a todos los trabajadores de la Iglesia: a los «estatistas» y miembros de los consejos parroquiales, a los cantantes, sacristanes, campaneros, etc., en una palabra, a

todos, salvo a los clérigos. Hace seis meses volvieron a sonar en la Rusia soviética las campanas llamando a los fieles a los oficios religiosos. En algunas partes, se restauran y aun se reconstruyen las iglesias, derribadas por la ola del ateísmo militante...

La organización administrativa de la Iglesia progresó notablemente. De acuerdo con la división territorial de la Unión soviética en 22 repúblicas y regiones administrativas, se crearon 22 sedes metropolitanas. Los titulares recibieron el derecho de representar los intereses de sus diócesis respectivas ante la administración local, que antes los ignoraba. Más de 300 obispos ayudan a los metropolitanas en su difícil tarea; en cuanto al número de los sacerdotes, lo ignoro.

Al terminar esta exposición, quiero decir con toda franqueza que, ni por un momento creo que han concluido todas las miserias y dificultades de la Iglesia Patriarcal Rusa; tanto más cuanto que a los esfuerzos vanos de los ateos se juntaron los de sus propios traidores, quienes aprovechando los años de silencio forzado de la Iglesia-Madre, cuando, clavada en cruz, sangraba, la acometieron en el interior de la Unión, en los países limítrofes y en la emigración; admito aún que una nueva ola de ateísmo podrá llevar un día a la nada todas las mejoras con tantos sacrificios y dificultades obtenidas por la Iglesia. Mas, con todo esto, creo que la Iglesia Patriarcal Rusa, afirmada sobre la sangre de sus mártires, saldrá vencedora de todas las pruebas

y que su gloria brillará para el mundo entero. Siglos atrás Rusia formó el escudo que salvó al Occidente del yugo mongólico; hoy en día el pueblo de la misma Rusia sostiene una lucha por la victoria del espíritu sobre el materialismo, y el mundo cristiano, a pesar de las divergencias de doctrinas, tendrá que reconocer sus méritos en la comprobación práctica de la verdad eterna: «Mi reino no es de este mundo»...